

RELIGIÓN Y PATRIA

Fundado en el año 1.906

Gijón, diciembre de 1954

Núm. 1030

PERIODICO MENSUAL CON CENSURA ECLESIASTICA

Fundador JUAN ORTEA FERNANDEZ

Precio de suscripción
Cada 5 números mensuales,
pesetas 1,50 al mes

"Este precepto os doy: amaos los
unos a los otros como yo os he
amado".

(Jesucristo a sus discípulos).

Dirección y Administración:
Muralla, 7- 1.º Telf. 3988
GIJÓN

LA VIRGEN DE LA LUZ

ERA por el año 1463. Aún los guanches vivían en Tenerife la placidez de su vida tranquila, entregados a sus creencias y a sus supersticiones. Marineros de países lejanos arribaban a sus playas, algunas veces, en busca de la valiosa sangre del Drago (1) por la que entregaban a los nativos pieles, sebo y chucherías.

También habían acudido a su Isla del Infierno (así llamaban los guanches a Tenerife) los españoles de Fuenteventura, otra isla que en los días claros veían desde lo alto de sus abruptos montes. Venían con sus casas flotantes, pretendiendo inculcarles unas creencias extrañas que ellos no necesitaban y que muy bien podían despertar las iras de sus dioses, si lo escuchaban.

Así razonaban los pacíficos pero bravos indígenas mientras su vida era como el transcurrir de las aguas de un manantial.

Un día un grupo de pastores que bajaban a diario a la playa de Chimisay, para que sus rebaños abrevaran en los manantiales que manaban de entre sus rocas, observaron que las olas habían arrojado sobre la arena un bulto extraño. Se acercaron a él y pudieron ver, poniéndolo en pie sobre la playa, que era una figura de mujer con un niño en brazos, como aquella que llevaban los españoles en sus casas flotantes; pero ésta era mayor, del tamaño de uno de ellos. Se parecía a una de aquellas imágenes que los extranjeros les atribuían poderes sobrenaturales y milagrosos. ¡Bah! Era de madera y estaba allí empujada por la corriente. A lo mejor la habían arrojado al mar por llevar consigo algún maleficio que ahora les atraía a ellos.

—Apartaos y veréis cómo yo lo arreglo—dijo uno de los presentes viendo los temores de los otros ante la imagen. Y así diciendo, cogió de sobre la arena una piedra grande y redondeada por la acción de las aguas. Los demás se apartaron y así que éste

tomó impulso para arrojarla sobre la figura, dió un grito de dolor y su brazo cayó desarticulado, colgado a lo largo del cuerpo. Gran expectación cundió en el ánimo de los pastores; pero un nuevo valiente, sacando una afilada daga española, exclamó:

—Este cuchillo me lo dieron los españoles. ¡A ver si ella lo reconoce!

Y echándose a reír, cogió el arma por la hoja dispuesto a lanzarla contra la imagen; pero al hacerlo, cayó el puñal al suelo sangrando su mano con profunda herida.

Llenos de pavor ante este segundo hecho, huyeron todos, volviendo de vez en cuando sus rostros como si temieran ser perseguidos por la imagen.

Informado al príncipe Mencey llegó desde Guimar a la cabeza de sus guerreros para averiguar lo que había de cierto con todo aquel barullo originado por sus vasallos.

Cuando se halló frente a la imagen, no pudo por menos el jefe guanche, que admirar la maravillosa escultura, de una perfección tal que sentíase, al mirarla, una dulce sensación de bienestar. Su rostro, cuya sonrisa parecía tener reflejos luminosos, daba a su expresión una bondad y una ternura que parecían imposibles de representar sobre la materia. En su brazo derecho llevaba un hermoso niño y al otro lado un báculo con un farolito como el que los españoles ponían en sus naves para navegar por la noche.

Hasta los pliegues de sus ropas parecían a veces, según como se miraran, tomar vida y movimiento.

Quedóse admirado el príncipe ante tal maravilla. Rodeado de sus soldados y los pastores que animados por la presencia de su señor habían acudido al lugar contempábalan sin atreverse a acercarse siquiera. Pero como si una fuerza invisible la empujara a ello, el pastor del brazo dislocado se arremó tímidamente y con mirada donde se reflejaba el dolor y el miedo, levantó su mano sana y rozó, con sus dedos el vestido de la imagen. En el mismo instante, su brazo quedó restituido a su posición normal y recobró la fuerza

y el movimiento. El asombro fue general. Inducido por tal prodigio, el otro pastor hizo lo mismo y la herida desapareció de su mano quedando ésta como antes de la herida.

Vencidos ante tal milagro, se prostraron los guanches a los pies de la imagen con fervorosas muestras de respeto y sumisión. Un poder divino alberga dentro de sí aquella figura, y era indudable que los dioses la enviaban para alumbrar las tinieblas de sus corazones.

La cercana gruta de Atbinics fué designada para albergar, desde entonces, aquella Virgen que debía derramar sobre la isla la bendición de un Dios nuevo para ellos; pero Todopoderoso.

Un nombre debían ponerle que honrase su presencia y su recuerdo, y cuando ya instalada en la gruta quedó envuelta en la penumbra, la lucecita de su farolito lució, añadiendo un nuevo prodigio a la incipiente veneración de aquellas gentes.

Ya no cabía duda: La llamarían La Virgen de la Luz.

Al año siguiente, unos marinos de un barco genovés arribado a la isla de Fuerteventura y que venían de Tenerife, explicaron los hechos antes relatados y la existencia de la Virgen que habían visto «por sus propios ojos».

A oídos llegó, todo ello, de Don Diego de Herrera, dueño y señor de la isla, apoyado no solo de su rey, sino del Papa Eugenio IV.

La única capilla de la ínsula sólo poseía una sencilla cruz de madera que se trajo el padre Torcaz, de España.

Acudió Herrera en persona a oír de los genoveses aquel relato y cerciorarse, en lo posible, de la realidad de sus aseveraciones. Después de escuchar a los marinos, bajo juramento de que era verdad cuando decían sintióse indignado del hecho de que se encontrara una imagen en poder de aquellos paganos. Si era verdad que existía como afirmaban los navegantes, era un deber hacia Dios el rescatarla de las manos de idólatras de los guanches y traerla a la capilla de Fuerteventura, donde tenía un altar dispuesto para recibirla.

Pronto su hijo Sancho, de ventiséis años, fuerte y valeroso, ambicioso de

(1) Llamábase así a la resina encarnada del Drago, árbol de las liliáceas, que se usa hoy día en medicina como astringente.

aventuras que le dieran gloria no sólo ante los hombres, sino ante Dios, ofrecióse entusiasmado para ir en busca de tan precioso botín.

Aparejose una carabela y después de la primera misa del siguiente domingo, hízose a la mar Don Sancho con el pecho henchido de fe y entusiasmo en su empresa.

El príncipe Mancey le recibió personalmente en la playa de Chimisay y lo acompañó a la gruta de Atbinico, donde le mostraron la Virgen Milagrosa.

Pero al manifestar la pretensión de llevársela consigo, se negó rotundamente el jefe de los guanches.

Muchos eran los milagros realizados por la Virgen: había curado enfermos, reprimido epidemias antes frecuentes y precipitado beneficiosas lluvias cuando se lo habían pedido. No, ya no era una cosa transferible, sino parte de sus corazones que ya nadie podía arrancar de sus pechos.

Por más que insistió Don Sancho con ofertas de presentes valiosos y necesarios para los nativos, nada consiguió y tuvo que retirarse fingiendo renunciar a su empresa.

Hízose a la mar aquella tarde; pero al caer la noche regresó y ayudado por los suyos y amparado por la oscuridad, robó la imagen regresando a Fuerteventura.

Recibióle su padre Don Diego, en el puerto en compañía de los padres franciscanos y gran parte del pueblo. Fué trasladada la Virgen a la capilla, en procesión de acción de gracias y colocada en la hornacina de la misma con fervor y contento de aquellos fieles.

Pero un suceso sorprendente había de venir a alterar la alegría de su nueva adquisición. A la mañana siguiente al abrir la iglesia para empezar los cotidianos y santos ejercicios, vieron asombrados los sacerdotes que la imagen estaba vuelta de cara a la pared de la hornacina. ¿Qué manos sacrílegas habían osado cometer tal ultraje a la santísima Virgen? Tornáronla a su posición normal; pero al día siguiente volviéronla hallar de espaldas con el rostro en dirección a Tenerife. Y día tras día, repitiase el hecho milagroso que embargó de remordimiento el corazón de Don Sancho. ¿Habría cometido una acción innoble y reprochable para Dios al robar la imagen a quienes la veneraban con todo el entusiasmo de sus sencillos corazones? La misma Virgen parecía triste con los ojos fijos en el punto de Tenerife. ¿Querría volver con aquellos paganos para llevarlos por el camino de la conversión?

Y como a la sazón de estos hechos declaróse una epidemia en la isla que costó la vida a más de doscientas personas, el temor hizo mella ante tal infortunio en los corazones del prior y de toda la comunidad de frailes franciscanos, y creyeron prudente aconsejar a Don Diego Herrera la devolución de la imagen de la Santísima Virgen a Tenerife.

Así lo hizo y una mañana arribaron

a la playa de Chimisay unos hombres conduciendo un bulto cubierto de ricas telas.

Mancey con sus nobles y guerreros dan la bienvenida a los forasteros. Don Sancho se adelanta al príncipe y con todo respeto y humildad de que es capaz ante el indígena, explica el motivo de su misión y la rectificación de su delito. Sonríen los guanches escépticos ante sus palabras. Nadie pudo haberles robado la Virgen puesto que allá en la gruta la han visitado, día tras otro, sin notar su ausencia.

Llenos de expectación y confusos ante tales afirmaciones, suben a la cueva de Atbinico y en su profundidad el sitio de la imagen está vacío. Colocan a la Virgen en el lugar que le corresponde, con gran desconcierto en sus corazones. Una vez más la milagrosa y santa figura ha patentizado su poder. Un ángel sin duda ha ocupado su lugar durante su ausencia y ahora, resplandeciente como nunca, con sonrisa tierna que refleja satisfacción y contento, bendice con la mirada a todos aquellos hombres que supieron hacer justicia a la voluntad del Supremo Hacedor. Caen de rodillas y una plegaria brota de todos los labios: ¡Bendita seas Santísima Virgen de la Luz!

La muerte de Isabel la Católica

La reina Isabel se muere, y ni la fiebre puede apartarla de los negocios de su patria, a la que tanto ama. Reclinada en su almohada atiende a todo lo que ocurre en España y fuera de ella; recibe en audiencia a los extranjeros que van a visitarla; se entera de como marchan las cosas de Italia.

Próspero Colonna, el ya famoso capitán, acude a visitarla, y más tarde dirá:

—He visto a una reina que desde la cama gobernaba el mundo.

Para nadie es ya un secreto que los días de Isabel la Católica tocan a su fin; pero la nación entera se estremece de espanto al pensar que pronto va a faltar tan sublime guía. La herencia que le espera a Castilla no puede ser más terrible: Una reina loca, y un rey inconsciente.

Llega al fin el momento en que Isabel comprende que ya no quedan esperanzas de salvación y otorga su célebre testamento. Nombra herederos de la corona de Castilla a Juana "La Loca" y a Felipe "El Hermoso" y en caso de que su hija se encuentre incapacitada para reinar, ordena que su esposo Fernando sea regente hasta la mayoría de edad de Carlos.

Ordena también que se la entierre en Granada, como si deseara guardar eternamente, con su cadáver, esta última conquista por la cual tanto ha luchado y sufrido. Pero quiere que se la entierre en un sepulcro sencillo, sin ostentación, advirtiendo que en caso de que Fernando, al morir, desee ser enterrado en otro lugar,

el cuerpo de ella sea sacado de tu tumba y conducido junto al de su marido.

¡Sublime demanda! La reina que había sabido serlo durante todo su reinado, que no obstante estar casada con un hombre, que carácter de Fernando el Católico, que jamás ha tolerado junto a él otros poderes, supo conservar siempre su personalidad, limitando perfectamente los campos de acción de ella y de Fernando V, al morir se muestra humilde como mujer; porque después de la muerte solo hay esto: hombre y mujer, marido y esposa. En vida, Isabel, ha hecho lo humanamente posible por obrar como una reina. Mas no lo ha hecho por vanidad, sino por deber a su patria. Al llegar la muerte, deja junto al lecho sus prendas y honores reales y puede ser lo que ha anhelado siempre: mujer. Y mujer española, humilde, dispuesta siempre hacer lo que el marido quiere, porque así dice la Iglesia que ha de ser.

¡Sólo una gran reina puede escribir unas palabras semejantes en su testamento! ¡Qué gran lección de humildad a todos sus súbditos!

Cuando Fernando ha querido, en vida, obligarla a torcer, como reina, su voluntad, la energía de Isabel ha sido férrea. En cambio, expresa en su testamento y antes lo ha hecho en vida, que quiere reposar en Granada. Pero como ése es un deseo de mujer, añade que, no obstante ser tal su voluntad, está dispuesta a ir donde su marido desee.

Recomienda también a su marido, a su hija y a sus sucesores que conserven la integridad de sus Estados y sobre todo insiste, con maravillosa visión, que no se deje perder nunca la importante fortaleza de Gibraltar.

Como sabe que en numerosas ocasiones ha herido el orgullo de Fernando imponiéndose a él en cuestiones en las que luego el mismo soberano ha reconocido el acierto de su esposa, le señala cuantiosas rentas para "proveer a su sostenimiento"

Y deja ordenadas las leyes del reino de tal manera, que hasta el tiempo de Felipe II no se dictarán otras más perfectas. Luego firma con mano temblorosa ese testamento que es el más precioso legado de una reina a su pueblo.

Y como ve que todos cuantos rodean su lecho tienen los ojos bañados en lágrimas, dice con su dulce sonrisa que la enfermedad no ha podido borrar:

—No lloréis por mí; no os canséis en hacer inútiles ruegos por mi salud. Pedid a Dios por la salvación de mi alma.

Al recibir la extremaunción no quiere que se le descubran los pies, como es costumbre hacerlo. Y así demuestra su escrupulosa delicadeza y decoro, que ha sido su norma de toda la vida.

Y después de haber recibido los santos sacramentos y cumplido todos sus deberes de cristiana, expira apaciblemente poco antes del mediodía del miércoles, 26 de noviembre de 1504, a los cincuenta años de edad y después de haber reinado treinta años.

Su cadáver es conducido a Granada, a que repose entre las altas torres de la Alhambra, en el palacio de los soberanos árabes, que siempre ha admirado. Apenas sale de Medina del Campo la fúnebre co-

mitiva, comienza a llover torrencialmente, los caminos se ponen intransitables. Y en medio de la furia de los elementos, el cortejo sigue su marcha hacia Granada. El cadáver va sin embalsamar, como la reina ha pedido, y por fin, el 18 de diciembre los restos mortales de Isabel son depositados en el monasterio de San Francisco de la Alhambra, donde permanece hasta después de la muerte de Fernando, en que son sacados para conducirlos al mausoleo construido por el escultor florentino Fancelli.

Carlos V, contemplando la sepultura de sus abuelos, habrá de exclamar, a pesar de lo maravilloso de la misma:

—¡Poca cosa para la majestad de los más grandes monarcas de España!

Los indios de América, han ignorado, tal vez, siempre, que esta gran soberana pensó en ellos, quiso que fuesen sus hijos y ordeno que se les tratara como a españoles. Acaso sin ella, sin su testamento, sin su amor por todos los humanos, y, sobre todo, por todos los débiles, no quedaría hoy en América del Sur ningún indigena, y todos o casi todos, hubieran corrido la misma suerte que los indios del Norte, de aquellas tierras que no fueron gobernadas por una reina como Isabel.

CONSIDERACIONES SOBRE LA DOCTRINA DEL EVANGELIO

Y era la media noche, cuando en un pobre rincón de Belén, Dios se hizo hombre y vino al mundo, para asombro del género humano.

Rodeado de pobreza, abandonado de los hombres, María y José se vieron obligados a refugiarse en aquella gruta donde sólo el ganado o algún pastor de paso, podría encontrar cobijo.

Acababa de llegar Dios al mundo y nos daba la primera lección: La humildad.

Desde entonces, el hombre, cada vez que recuerda el momento de la llegada de Dios a la tierra, siente vergüenza y humillación, y en su pequeñez, aún no ha comprendido bien toda la grandeza de aquella miseria.

Quiere humillarse y ser fiel discípulo de Dios, pero la humana naturaleza, el orgullo, la mal entendida dignidad, de querer representar en la comedia de la vida un papel de comediante importante, le obsesiona, le atrae y aparece con toda su fuerza, la soberbia.

Y es soberbio, el rico que alardea constantemente de sus riquezas ante la miseria de los demás. Y es soberbio, el jefe de empresa, que orgulloso, pasea su cargo entre sus subalternos, con desprecio y desconsideración para aquellos que contribuyen a crear su riqueza y su poder, a costa de la miseria propia. Y es soberbio, el que ha sido distinguido entre los demás por homenajes del mundo, y ha creído todavía insuficientes estos homenajes a sus extraordinarios méritos, contemplando despectivo a quienes le han elevado en su dignidad, y tratando de fingir una humildad que le interesa bien no convencer a nadie de ella. Y es soberbio, aquel que ha

sido elevado a un cargo público, sin más meritos que la amistad de un amigo, y sin embargo, va dejando tras de sí un vacío y un desprecio, guardando distancias que no existen y otorgando favores como quien otorga indultos.

Y es soberbio, quien critica despiadadamente la labor de un sucesor, que las circunstancias hicieron, sin ninguna caridad cristiana y sin un mínimo de amor al prójimo.

Soberbia, soberbia, orgullo, palabras que chocan contra la gran humildad de toda un Dios, tan por encima de todos los hombres y de todos los reyes de los pueblos; y sin embargo sigue la lección de humildad permanente, en silencio, pero gritando en su silencio al mundo y a los hombres, que en la humildad está escondida la grandeza del corazón, pues sólo los hombres grandes saben ser humildes, con esa humildad que atrae los corazones y los eleva en su miseria o en su grandeza hasta los linderos de la santidad.

Y con esta humilde sencillez, todo un Dios, se dignó bajar entre los hombres para enseñarnos el camino que debemos seguir.

Y una milicia celestial cantaba al Niño que acababa de nacer:

—Gloria a Dios en las alturas, y en la tierra paz a los hombres de buena voluntad.—R.

JUNTO AL VENTANAL

Junto al ventanal
que a los patios daba,
un lindo pañal
la Virgen bordaba.

La Virgen María
bordaba cantando,
y al par sonreía
y estaba llorando

Bordaba sonriendo
aquellos pañales,
y estaba sintiendo
ánimas maternos.

Sonreía llorando
de pura alegría,
y seguía bordando
la Virgen María.

¡Ventanal querido
para ella, aquél!
¡Por él ha venido
a verla, Gabriel!

Allí estaba ella...
Desde aquella tarde,
la casta doncella
en amores arde.

¡Ay, tiernos ardores!
Su risa y su llanto
consume en amores
de Espíritu Santo

Y sueña... ¿qué sueña
la Virgen María?
¡Ay, que una cigüeña
un niño traía!

Y mira serena,
con alegría franca,
su cestita llena
de ropita blanca.

¡Poco esperaría
lo que está guardando
La Virgen María
continúa bordando.

Rendida y sonriendo
de plácido amor,
se queda durmiendo
sobre su labor

¡Sueño celestial,
Reina de Israel!...
Desde el ventanal
te vela Gabriel....

Hermenegildo Rodríguez

La inspiración de Murillo

I

La Fortuna había olvidado la familia de Murillo, que se arrastraba en una penosa existencia.

El gran artista sentía aletear en su alma el genio de los inmortales, y presintiendo el triunfo, hizo cara a su endiosada enemiga y se echó a la ventura de Dios.

¡Oh, Fortuna! Has sido injusta conmigo cuando tan pródiga eres con tantos otros que no te merecen. Mas, yo quiero saborear el triunfo viéndote esclava a mis pies.

Y buscando más ancho campo para su empeñado torneo, abandonó su querida Sevilla y se trasladó a la corte completamente desconocido.

II

Mientras la España gigante se iba desangrando a chorros, salpicando los dos hemisferios, durante los últimos Austrias, los Madriles continuaban divirtiéndose como no lo hicieran en los mejores tiempos de los Reyes Católicos, del Emperador, ni del Rey Prudente.

Mas antes de cerrar por completo la noche tempestuosa de la decadencia, brillaron con esplendentes fulgores las últimas estrellas de aquella época...

Velázquez, con su inmortal pincel immortalizó los postreros rayos de la gloria de España en el corazón de Europa. «La rendición de Breda», el imponderable cuadro de «Las lanzas», había conquistado para Velázquez el pináculo de la Fama.

Un día se le presentó un joven con algunos estudios debajo del brazo.

—Maestro —le dijo—, vengo a ver qué os parecen esos trazos. Siento en mí un impulso irresistible hacia el divino arte; pero no lo quisiera profanar...

Velázquez contempló aquellos estudios y en su rostro se dibujó la admiración.

—No, ¡pardiez!, no profanarás tú el arte. Continua por ese camino. Yo te protejo. ¿Cómo te llamas y de dónde eres?

—Murillo, y de Sevilla.

—También soy yo de allí. ¡Bendito el suelo andaluz!

III

A Murillo ya no le faltaron medios, pero quería triunfar definitivamente.

Y oraba todos los días a la Virgen sin manchilla, a la que desde la cuna había soñado sin par gentil y hermosa entre nimbos y entre querubines. Y ahora la soñaba a todas horas de día y de noche; cuando contemplaba el sol naciente llenando los campos de brillantes gotas de rocío, cual si las estrellas al desaparecer en el cielo hubieran caído en la tierra; cuando, sentado ante su caballete, veía esfumarse la tela intacta hasta aparecer ante sus ojos, atómitos, la idea esplendorosa cual realidades tangible y triunfante...

Murillo sintióse inspirado y su pincel comenzó a recorrer la tela combinando colores, creando bellezas...

IV

—Maestro—fué a decir a Velázquez—, he terminado mi obra y quiero que seáis vos el primero en verla.

—¿Para que os dé mi parecer?

—Lo estimo en mucho, pero tengo fe en mi obra.

—Orgulloso estáis...

—Perdonad, maestro. Pero, es que esta vez Ella me ha inspirado.

—¿Y quién es ella?

—Venid y lo veréis...

Intrigado Velázquez siguió a Murillo que le condujo a su taller.

Una vez allí, Murillo describió, emocionado, la cortina que cubría el lienzo y apareció en toda su magnificencia «La Concepción de María Inmaculada». Sus ojos relampagueantes, se encontraron con los asombrados de Velázquez. Este se descubrió ceremoniosamente, e inclinándose ante Murillo, exclamó:

—No me llames ya maestro. En tí saludo el genio del arte...

—Mi inspiración ha sido Ella misma... A Ella debo el triunfo...

Y postróse de hinojos ante su hermosísima Concepción.

Y en aquel instante de arrobamiento, parecióle oír una voz desconocida que le murmuraba al oído.

—Has vencido. La loca Fortuna se hace esclava del Genio y del Trabajo.

JUAN M. BORRAS JARQUE.

● Comentando 
HOGARES

El padre Coloma, en una de sus magníficas novelas, nos describe una escena de alto ambiente familiar, en la que el padre, con la ayuda de su mujer y de unos amigos, instala sobre armatoste de madera unos montes de papel y de musgo, sobre los que va colocando casitas de cartón y figurillas diminutas de aldeanos. Y el pueblecito así formado, con el cariño familiar, tiene un nombre en la Historia, de

existencia cierta, ya que no de planografía exacta. Se llama Belén de Judá.

En el diccionario de nuestros sentimientos, se llama Nacimiento, y es el centro que congrega en su torno más para el esparcimiento de nuestra piedad infantilizada que de nuestra admiración artística, a toda la familia, que en él se complace y que en él encuentra un motivo más que de diversión honesta, de manifestación de piedad y de devoción unánime.

Es el "hogar", el "llar" de nuestra familia; el punto que une tantas y tantas direcciones que la vida moderna marca a cada uno de los habitantes de la misma casa. La intersección de todos los límpios sentimientos del común, en el que convergen con la misma sencillez, sin barroquismos, sin desviaciones, todo lo sano que cada uno de los de la familia pueden ofrecer sin tacha, en rememoración del nacimiento de un pequeño Niño que era un grande y único Dios.

Allí, ante él, ante su componenda, el padre perdía su gravedad para hacerse de nuevo niño, y la madre volvía a revolver los muñecos de su infancia; los hijos mayores acordábanse de sus primeros años, y ponían la ilusión de ser mayores al ofrecer la primicia de su devoción y de su arte a sus hermanitos; en él los pequeñuelos de la casa, se extasiaban más viendo la devoción de los mayores, el entusiasmo de sus padres, que era su máximo argumento, y las explicaciones que la madre les daba del sencillo papel que representaba cada una de las figuras del Belén.

Sencillez en la vida familiar, calor en la misma, devoción a las santas escenas que representaba el Nacimiento, y sobre todo, unidad en todas estas cosas, que hacía de las familias un todo conjuntado, una sola

alma, una sola aspiración, un solo deseo y un solo único amor de Dios.

Y su vida de hogar, de union, de comunión de sentimientos y de pensares, era su propio premio. Aquella satisfacción que en sí mismo encontraban, ante la inocencia y grandiosa sencillez de sus actos. Que en ellos mismos encontraban el más sano y santo de los deleites; el más dulce de los consuelos. La intimidad familiar era íntegra, sin desvíos, sin vías muertas, y por ello mismo era penetrante y fecunda, capar de sosegar ánimos revueltos y de encontrar soluciones para problemas de tormenta. El padre, fuerza centrípeta, atraía a su autoridad a los otros, y los hijos fuerza centrífuga, no se desviaban de la órbita paterna. Una unidad era la familia, y toda ella giraba alrededor de un mismo ideal de amor y de justicia, cuyo vértice central residía en la Cruz de Cristo.

¡Santo Nacimiento, que has sido tantas y tantas veces el eje de nuestros hogares el motivo de coexistencia de nuestras familias!

Gracias a Dios, esta visión retrospectiva de la vida de intimidad familiar, parece que tiende a resucitar un torno a nuestros Nacimientos. Esta santa y españolísima costumbre, más bien devoción, se va abriendo camino en nuestras casas, y los ríos vuelven a sus cauces. Que el mismo Niño que es centro de nuestros Belenes, lo sea de nuestros movimientos familiares.

Hero.

Materiales de CONSTRUCCION

Covadonga, 27 - GIJON

Almacenes ARBUES

Máquinas de coser y bordar

“ALFA”

Exposición y venta: Covadonga, 27 (esquina Parque Infantil) Telf. 4039 - GIJON

ANTIGUA FUNERARIA

— DE —

Feliciano Rodríguez

Fundada en 1.874

La más antigua de la provincia

Moros, 40 GIJON Teléfono 17-20

VINOS PARA MISA

y selectos para mesa

AGUSTIN SERRANO

COSECHERO

MANZANARES

Proveedor del S. Vaticano

JOYERIA-PLATERIA-BELOJERIA

Vda. de Melchor Osorio

Relojes, joyas y artículos para regalo.

Moros, núm. 13 GIJON Teléfono 3382

ALMACENES LA SIRENA

J. A. M. S. A.

PAÑERÍA - SEDERÍA - LANERÍA
CONFECCIONES - ALGODONES

Corrida, 81 GIJON Moros, 56

La Caja de Ahorros de Asturias

Destina sus utilidades INTEGRAMENTE a la constitución de sólidos Fondos de Reserva, para garantía de sus imponentes y a obra benéfica-social, preferentemente al sostenimiento del preventorio anti-tuberculoso de altura, gratuito para cien niños asturianos.

CASA INFANTIL COVADONGA

Pola de Gordón (León)